

NOTAS SOBRE UNA **FILOSOFÍA LATINOAMERICANA**

Arnoldo Mora

*Al maestro Leopoldo Zea, in memoriam*

América Latina pertenece a las naciones periféricas de Occidente. No es, por ende, una región occidental sino occidentalizada. Estamos en los límites del Primer Mundo pero formando parte del Tercer Mundo. Desde el punto de vista filosófico, esto constituye una ventaja en la medida en que permite la maduración de una conciencia crítica. Según Kant, la función de la conciencia es emitir juicios críticos, tanto de la realidad exterior, como de su propia interioridad. La conciencia de sí sólo se descubre frente a un otro, decía por su parte Hegel. Lo propio de la conciencia del hombre latinoamericano es que no descubre ese otro fuera de sí, sino dentro de sí. El otro aparece como una agresión, como una imposición desde fuera, pero que ha sido interiorizado por un proceso que abarca no sólo lo político y lo económico, sino también lo cultural, la configuración misma de la conciencia. Así, pensamos con una lengua occidental, la religión dominante es la cristiana de origen hispano, los sistemas políticos y la estructura económica son de origen occidental. Pero, al mismo tiempo, nuestro subconsciente colectivo, nuestro imaginario colectivo, tiene una prehistoria que no es occidental, pues los conquistadores españoles descubrieron con admiración, como lo dejaron testimoniado en sus crónicas, las culturas altamente desarrolladas y los reinos e imperios densamente poblados y con un alto nivel económico, que desde siglos atrás habitaban en estas tierras. Por otra parte, durante siglos, la trata de esclavos negros traídos de África forjó una cultura en las regiones en torno al Mar Caribe con perfiles muy definidos.

Esto hace que nuestra conciencia y nuestras culturas no sean un reflejo mecánico de Europa ni de la cultura occidental sin más. Nuestro español no se habla exactamente como en la Península, nuestra sensibilidad, nuestras tradiciones religiosas y familiares, no son las mismas que en España, si bien en un alto porcentaje provengan de allá. Nuestras comidas, el ciclo de las estaciones, el paisaje, el clima, no son los mismos que allá. Todo eso confluye para forjar una sensibilidad, una manera de percibir la realidad y de razonar que hacen de nuestra cultura una realidad original. Pero ha sido, sobre todo, la historia la que ha marcado nuestra personalidad de manera indeleble, teniendo como base material, biológica, el hecho de ser la única región o continente que es mestiza desde el momento en que surge la modernidad, es decir, después del siglo XVI. El mestizaje es la base material de nuestra vida. Y este mestizaje determina todo nuestro ser.

Lo dicho anteriormente explica por qué, si bien formamos parte de la historia universal hasta el punto de que todos los procesos que han cambiado la historia de la humanidad también han dejado su marca en nuestra cultura y, por ende, en nuestra conciencia, esos cambios los vivimos a nuestra manera. En concreto, los grandes sistemas de pensamiento los asumimos de un modo diferente a como se dieron en los países en donde se originaron y por eso produjeron efectos diferentes, muchas veces a contrapelo de lo que se suponía debían producir. Una vez más, se hace realidad aquello de que el contexto determina el sentido del texto. El contexto es nuestra historia, el texto nuestro pensamiento; ambos se dan en una relación dialéctica. El contexto provoca el surgimiento de las ideas y sistemas de pensamiento; estos, a su vez, justifican y aclaran el porqué se han dado determinados procesos históricos.

El ser humano no es un objeto mecánico sino un ser que está dotado de una subjetividad que elabora, a su manera, las circunstancias exteriores y, a su vez, produce otros hechos que configuran la cadena de procesos que conforman la historia humana. Pensar lo exterior nos lleva a pensarnos a nosotros mismos para, de nuevo, volver sobre el exterior a fin de transformarlo en conciencia y darle sentido y contenido a nuestros deseos y proyectos. Es allí donde se ubica la reflexión filosófica. Pero esto nos lleva a otro asunto: qué entendemos por filosofía y por qué hablamos de "Historia de la Filosofía en América Latina" y no sólo de "Historia de las ideas o del pensamiento en América Latina".

Mucho se ha escrito sobre el tema. Leopoldo Zea prefiere hablar de una "FILOSOFÍA sin más" (1974), pues para él no hay diferencia entre pensamiento y filosofía. El filosofar no es un quehacer secundario sino esencial para ser auténticamente libres, pero para eso se requiere pensar nuestra circunstancia, es decir, asumir la historia como un desafío exterior, convertirlo en un problema vital a fin de darle soluciones desde nosotros mismos y, así, construirnos como sujetos libres y conscientes, dueños y responsables de nuestro destino. En otras palabras, la filosofía no es más que un imperativo ético de construir nuestra historia por y a partir de nosotros mismos.

Así respondía Leopoldo Zea al filósofo Augusto Salazar Bondy, quien, en un ensayo notable y con el provocador título *¿Existe una filosofía de nuestra América?* (1979) respondía a su propio interrogante negativamente, ligando causalmente o como requisito previo, la plena

independencia económica y política a la posibilidad de desarrollar una filosofía auténticamente propia. Pero, como por desgracia, esa añorada independencia económica y política no se ha dado realmente hasta ahora en nuestra historia, el desarrollar una filosofía propia auténticamente latinoamericana no es para él más que un deseo que se convierte en quimera cuando, animados de nuestras mejores intenciones, convertimos los deseos en realidades. Sólo puede haber una filosofía auténticamente nuestra cuando seamos dueños de nuestro destino en todos los sentidos de la palabra, lo cual incluye haber alcanzado la madurez y maestría formales de las filosofías, escuelas y corrientes de pensamiento filosófico desarrolladas y cultivadas en el Primer Mundo.

Aparte de revelar un mal disimulado e injustificado complejo de inferioridad, debemos reprochar a Salazar Bondy el haber olvidado que la filosofía no sólo es conciencia de nuestra libertad, sino también conciencia y acicate de liberación, pues es libre no sólo quien no tiene cadenas, sino quien teniéndolas se niega a besarlas. Por eso es más libre el esclavo rebelde que el amo opresor y satisfecho. La libertad sólo será plena el día en que no haya ni esclavos ni amos. Pero ese día, como ya lo entrevió Hegel, la filosofía habrá muerto; pues la filosofía, o es conciencia de liberación, o es simplemente ideología, es decir, falsa conciencia, la que sólo puede producir falsa ciencia y, por ello mismo, falsa filosofía. La filosofía debe ser un grito de liberación, una expresión de crítica y rebeldía, de solidaridad con el oprimido, una ética justiciera, lo mismo que un himno a la esperanza. Por eso, se puede encontrar filosofía, como las pepitas de oro en la arena, no sólo en quienes han formulado un pensamiento explícito y sistemático, sino igualmente en el arte popular y la literatura, en la teología asumida desde el oprimido, en la ciencia experimental y en las ciencias humanas aplicadas a la liberación del oprimido. Pero, sobre todo, la materia prima del filosofar está en la misma historia de nuestros pueblos, en la medida en que allí han surgido las voces que expresan sus luchas y sus sueños. Explicitar el *logos* contenido en toda esa rica veta que, a manera de materia prima, suministra el contenido de una auténtica filosofía latinoamericana, es la tarea que corresponde al pensador latinoamericano. Al destacar sobre todo este último punto, Leopoldo Zea lleva la razón.

Sin embargo, esto es tan sólo el punto de partida de la investigación filosófica. La filosofía no es una especie de resumen de lo que arrojan como resultado las otras ciencias, aun sea la misma historia, ni menos se confunde sin más con el activismo, con la praxis humana, sea ésta científica, política, artística, humanitaria o simplemente cotidiana. La filosofía se sitúa a un nivel epistemológico que representa un salto cualitativo del uso de la razón. La tarea del filósofo es pensar la realidad. Pero pensar es ver la realidad críticamente. Y es aquí donde se establece la diferencia

## **Es libre no sólo quien no tiene cadenas, sino quien teniéndolas se niega a besarlas. Por eso es más libre el esclavo rebelde que el amo opresor y satisfecho**

fundamental de la filosofía latinoamericana con la occidental, tanto europea como norteamericana. Desde los griegos, la filosofía occidental ha analizado y revelado el ser-en-sí, busca la objetividad independientemente de si afirma su onticidad (tradición aristotélica) o tan sólo su formalidad (Kant), es decir, si ve en la objetividad su fundamento ontológico o tan sólo la afirma como una característica fundamental del discurso científico construido por el sujeto pensante (Kant).

Esto es lo que entiende Kant por “racionalidad” como rasgo distintivo de la filosofía y de todo auténtico saber científico. Lo contrario, la subjetividad, o es concebida como irracionalidad pura sinónimo de capricho, voluptuosidad, que sólo se expresan y tienen validez en el arte o la creencia religiosa y, por ende, no tienen cabida en el ámbito de la reflexión filosófica propiamente tal; por lo que deben someterse al lecho de Procusto de la racionalidad, que fija, como un tribunal inapelable, de antemano (a priori) su derecho de propiedad sobre lo que entiende por razón y, por ello mismo, posee el monopolio de la verdad. La ética misma no es más que el producto emanado de un decreto ciego de la voluntad proveniente de una conciencia del deber de origen religioso, o de la simple conmiseración y el sentimiento, inspirada en la tradición empirista inglesa. En ningún caso hay una reconciliación, a no ser formal o metodológica, entre estas dimensiones igualmente auténticas del ser humano, de nuestra experiencia existencial integral.

Por su parte, la filosofía latinoamericana enriquece este debate aportando la experiencia viva de nuestros pueblos marginados y haciendo de las exigencias de justicia y reconocimiento de la alteridad, la condición de todo quehacer racional y, en primer lugar, de la filosofía misma. La filosofía no es sólo un grito de justicia y una exigencia de reconocimiento y, desde allí, un intento por aportar luz sobre nuestros problemas. Esto es, insisto, tan sólo su punto de partida. La filosofía debe asumirse y asumir su función crítica desde las mediaciones que el hombre se ha dado en la historia. El hombre sólo se reconoce a sí mismo, no a partir de su conciencia reflexiva, sino desde sus propias mediaciones, es decir, desde las obras que crea, en primer lugar, desde el lenguaje y luego desde las instituciones políticas, sociales y culturales. El origen de las instituciones es el poder. Y el poder es, en última instancia, el derecho a matar como necesidad de evitar la muerte de la sociedad. Esto es lo que desde Heráclito llamamos la violencia como motor de la historia. La creación de un mundo donde no sea necesario matar para no morir es la utopía que, desde los dorados días del Renacimiento, se ha forjado en torno a nuestra América, en torno al Nuevo Mundo. La historia no es más que un eufemismo por violencia. Pero sólo asumiendo la violencia desde dentro, en

sus causas —como diría la tradición aristotélica—, se puede superar dialécticamente.

Ética y razón, por ende, se identifican. No puede darse un pensar del ser-en-sí, ni pensar el ser-en-mí si no es a partir del ser-en-nosotros. Pensar éticamente es pensar no desde la identidad, sino desde la alteridad, para llegar a una identidad que no sea una simple asimilación pura y bruta del otro, como sucede con la digestión e ingesta de alimentos, sino como una relación dialéctica o de reconocimiento del otro en cuanto otro, en cuanto alteridad u otredad, de su afirmación como diferente pero no como extraño ni menos como adversario. Se trata, en fin, de hacer de la diversidad no un simple acto de tolerancia, sino una riqueza indispensable e insustituible para poder construir un mundo de amor. La realización de esta utopía sólo es posible si asumimos críticamente las mediaciones, pero éstas nos han venido de fuera, no como una solución, sino como una imposición. Es desde la alienación, desde la conciencia de sí impuesta por una fuerza extraña, que debemos pensar ese conjunto de mediaciones comenzando por las estructuras político-sociales y económicas, las ideas y las sensibilidades, tanto estéticas como religiosas. Desde allí debemos emprender esta histórica tarea, la tarea por excelencia del siglo en cuyos dinteles estamos. Para eso se requiere que la filosofía emprenda un diálogo no sólo con otros quehaceres, sino también con otros saberes, especialmente con las ciencias humanas y sociales. En otras palabras, el punto de partida de la filosofía, más que en la experiencia directa de la realidad, debe encontrarse en el estudio de todo el quehacer humano de nuestra realidad histórica, pero a través de la mediación crítica y metodológica de las ciencias sociales e históricas. Pero no debemos olvidar que la filosofía no se limita ni debe permanecer estrujada dentro de los límites metodológicos y epistemológicos de la ciencia, sino que va más allá, pues para ella es también indispensable elaborar un proyecto a futuro, una utopía. Y es desde la utopía que la filosofía se convierte en conciencia crítica, cuando el presente y el pasado contradicen los sueños del futuro. Pensar es ver lo real desde lo posible. Y para pensar lo posible sin que sea evasión ni falsa ilusión, sino conciencia de nuestra capacidad creadora, debemos pensar nuestra historia y, a partir de allí, elaborar una filosofía, es decir, un proyecto integral de construcción de nuestro destino. En esto Leopoldo Zea vio claro y asignó correctamente a la filosofía latinoamericana, no sólo su ser real, sino su justificación, lo cual es más importante como tarea filosófica.

Pero esta concepción de Zea, sin embargo, sólo mira al filósofo en su quehacer presente. Le asigna una responsabilidad ética pero no le da una base racional integral. Se corre así el riesgo de caer en un cierto voluntarismo a la Sartre, o en una autocontemplación que hace de la filosofía tan sólo un intento de autojustificación, sin por ello suministrar una base sólida de donde partir. Por ello, debemos hacer del objetivo de nuestro quehacer filosófico la búsqueda de la constitución

de nuestra subjetividad. En América Latina esto sólo puede verse, no como un develar nuestra conciencia subjetiva a partir de sí misma, sino a partir del otro como sector social y motor de la historia, o como lo otro si vemos la mediación de las instituciones que dan eficacia y realizan las intenciones de los sujetos históricos. Los latinoamericanos antes de pensarnos como sujetos de nuestra historia, fuimos pensados, comenzamos por ser el pensamiento de otro y sólo frente al descubrimiento de esta alienación histórica y no metafísica, podemos hacer que la reflexión filosófica sea un pensar nuestra libertad y la condición de posibilidad de asumarnos como sujetos libres. En otras palabras, sólo viendo la historia como un proceso por el cual nos construimos como sujetos, puede justificarse una filosofía que sea auténtica filosofía y que sea auténticamente latinoamericana.

Hay, por ende, una auténtica filosofía latinoamericana y la distinción entre “historia de las ideas” o “historia del pensamiento” y “filosofía” sólo se justifica en la medida en que veamos en las dos primeras un concepto más amplio. La filosofía requiere una ciencia crítica más elevada, que busque cuestionar y transformar la realidad. Supone una creatividad que exprese una exigencia de racionalidad que sobrepase la subjetividad individual y haga del filosofar un *logos* a partir de la conciencia de sí de una determinada colectividad. La filosofía es tanto una función socio-cultural como un quehacer individual. Para que haya filosofía se requiere que haya conciencia del filosofar, ciertamente, pero también se exige que su producto cumpla la función que una colectividad demanda como autojustificación y formulación teórica de su ser-en-el-mundo. Esta es una diferencia con la filosofía europea o norteamericana. No nos podemos pensar independientemente de nuestro pasado indígena, como no nos podemos pensar independientemente de la cultura occidental que el conquistador trajo a estas tierras con su lengua y su religión, con sus ideas políticas y su ciencia, con sus influencias en todos los campos.

Hoy vivimos la época de la globalización o mundialización. América irrumpió a la historia universal el 12 de octubre de 1492, completando lo que entendemos por humanidad y por globo terráqueo. Actualmente ocupa un lugar en esa humanidad y en esa geografía mundial. ¿Cuál será su lugar en el siglo que comienza? ¿Estaremos de nuevo como hasta ahora condenados a que otros nos asignen nuestro lugar o tendremos la posibilidad —porque el derecho lo hemos tenido siempre— de decir nuestra propia palabra? En conclusión, en el aquí y en el ahora, más que terminar en un punto final, ponemos puntos suspensivos, pues nuestra historia está lejos de haber concluido. Porque ahora le toca a nuestros pueblos decir su propia palabra. ■

---

**Arnoldo Mora.** Filósofo costarricense, profesor e investigador del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional – UNA en Heredia, Costa Rica. Es autor de importantes obras en el campo de la filosofía y de la cultura universal. Fue Ministro de Cultura y Deportes de Costa Rica.